



**IMÁGENES, NARRATIVA, CONSCIENCIA Y CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD.
CONSIDERACIONES DESDE LAS ARTES Y LA CULTURA VISUAL**
**Images, narrative, consciousness and construction of reality. Considerations
from the Arts and Visual Culture.**

Autor: José Pedro Aznárez López¹

¹ Universidad de Huelva *Contacto: josepedrorama@gmail.com*

Enviado: 22/12/2009

Aceptado: 28/12/2009

Resumen

Continuamente reinterpretemos la realidad moviéndonos en una delgada línea entre realidad y ficción, entre conciencia y realidad. Una realidad que es autorreferencial, una construcción personal y socio-cultural, variable, producto de muchas y complejas interacciones, en las que las emociones juegan un papel importante. En este soporte del self, un sinnúmero de narrativas e imágenes se yuxtaponen influyéndose, narrativas e imágenes que explican y nos explican, que nos hacen capaces de “pensar” y “conocer” inteligentemente a a nosotros mismos y el mundo que nos rodea, que nos hacen posible incluso transcender a otras realidades, ampliar nuestra conciencia.

Trabajar la metacognición, ayudar a los alumnos a ser capaces de ser consciente de la fragilidad de “lo real”, de rastrear qué hay detrás de las apariencias, de los imaginarios, de las políticas y las prácticas de visualidad, ser capaces de concebir que el mundo que ahora aparenta ser el único mundo posible puede ser pensado y vivido de otra manera, es trabajar la construcción de la identidad, es aprender a gestionar la Libertad, es hoy hablar de Educación Artística.

Palabras clave: Realidad y ficción, construcción de la realidad, imaginario, narrativa, Cultura Visual.

Abstract

Continually re-interpret reality. There's a fine line between consciousness and reality, between reality and fiction. The reality is a personal and socio-cultural mental construction, variable, product of the complex interactions, in which the emotions play an important role. In this construction of reality as well, influencing countless juxtaposed narratives and images that explain and explain to us, which enable us to transcend even to other realities, expand our consciousness.

Work metacognition, helping students to be able to be aware that the real is a construction, to track what is behind appearances, the imaginary, policies and practices of visuality be able to conceive of the world that now appears to be the only possible world can be thought and lived differently, is to work on construction of identity, is learning to manage Liberty, is today speaking of Arts Education.

Keywords: Reality and fiction, construction of reality, imaginary, narrative, Visual Culture.

EL DELICADO VELO DE LO REAL Y DE LA CONSCIENCIA

Hace mucho tiempo vi en televisión una de esas películas fantasiosas en las que un grupo de personas se introducen en el interior del cuerpo humano gracias a una especie de submarino que ha sido miniaturizado. No recuerdo cómo se llamaba. En realidad no recuerdo nada más que la escena en la que el submarino navega por una arteria próxima al corazón y uno de los tripulantes se dirige al resto y comenta algo así como que “cada latido nos separa de la eternidad...”.

Efectivamente, un delicadísimo velo separa nuestra vida consciente de la nada (tal vez de la eternidad, como afirmaba el protagonista de la película). Esa fragilidad no se debe únicamente al hecho de que dependamos del pequeño motor que es el corazón: más bien se debe a la fragilidad de nuestra consciencia.

Nuestra consciencia, nuestro pensamiento, son la emergencia última de la actividad cerebral. Son fenómenos extraños de interretroacción en bucle, mediante los que el cerebro es capaz de “pensar” y “conocer” inteligentemente el mundo que le rodea, de ser consciente de que lo conoce, e incluso de conocerse a sí mismo y ser consciente de que se conoce y de sí mismo. El sujeto consciente piensa en sí mismo en primera persona: es capaz de decir yo y de pensarlo todo desde el yo: como un ente separado del resto del mundo, irreducible en su subjetividad, único. Somos los espectadores y los actores de nuestro yo. (Morin, 2001 y 2006; Hofstadter, 2008)

Imaginemos una vela encendida en medio de un mundo en total oscuridad. Mientras la llama lo ilumina, se hace visible una cierta parte de ese mundo en tinieblas. Cuando la llama se apaga, todo queda de nuevo a oscuras. Nuestra consciencia es algo parecido: es ella la que “ilumina” el mundo que nos rodea y lo hace visible. ¿Para quién? Para sí misma. Y también para los demás, porque es capaz de compartir información sobre el mundo que ha hecho visible con otras pequeñas velas; con otras personas.

Esa realidad existe sólo mientras estamos conscientes¹. Un instante después de dormirnos, cuando la consciencia reduce su luz, el mundo y nuestro yo maravilloso dejan de existir...hasta el próximo despertar, cuando la reanudación de nuestra actividad cerebral cotidiana nos lo devuelva; nos devuelva a la vida y a la realidad.

Si el velo se rasga, y la actividad cerebral se degrada o desaparece, todo se pierde. *Como lagrimas en la lluvia*, como decía el replicante Roy en *Blade Runner*.

CONSCIENCIA Y REALIDAD. REALIDAD COMO INTERPRETACIÓN CONSTRUÍDA.

Podemos afirmar que la vida somos cada uno de nosotros. Esto no significa que no exista una realidad externa a nosotros: por supuesto que la hay. Pero para nosotros no existe

¹Y aún para esto, no deja de ser interesante pensar que lo que llamamos estado de consciencia es sólo una parte de nuestro mundo. También soñamos o entramos en estados alterados de consciencia (En los que seguimos siendo yo, aunque hayamos salido de la “realidad”). Y no deja de ser curioso, como abordaré después, percatarnos que aún estando conscientes, hay situaciones en que estamos “alterados”, por ejemplo, por un fuerte estímulo sexual, por una agresión, por un estado depresivo...

otra realidad que aquella que somos capaces de conocer. Es cuando la podemos aprehender en nuestra consciencia cuando se torna “real” para nosotros²; como señala Morin no hay realidad, physis, sin sujeto cognoscente³.

Nada existe tal y como lo vivimos: la realidad que creemos tener ante los ojos es *nuestra interpretación* de la realidad (Mora, 2005; Hofstadter, 2008; Aznárez, 2009). El proceso de interpretación comienza desde el mismo proceso perceptivo, cuando el cerebro reconstruye una sola realidad, estable y unitaria a partir de estímulos perceptivos variables. No es sólo que las proyecciones retinianas (que son dos y levemente distintas), extremadamente cambiantes (Gibson, 1974), pasen a unirse en una sola realidad. Además la mirada es selectiva y está comandada por mandatos cerebrales que hacen de ella un proceso más creativo que mecánico (Marina, 2006). Y la mirada está totalmente mediada por el lenguaje y la cultura.

Cada cerebro, cada persona, cada vida, es una oportunidad única; una epifanía de lo real a la vez que el surgimiento de un sujeto. Con cada desaparición de un hombre o una mujer desaparece la realidad que emergió con él o ella. Y después sólo quedan algunos ecos de aquello: tal vez unos cientos de fotos, algún cuadro, unas líneas escritas,...que en la mayoría de los casos al cabo de un par de generaciones acaban también por desaparecer. Es cierto que algunos sujetos permanecen más en la memoria colectiva, incluso parecen eternizarse. Es lo que ocurre con tantos artistas: con Leonardo, con Rodin, con Bach, con Beethoven, con Van Gogh,...Lo que nos resta de ellos, nos permite en cierto modo acceder a sus mentes (Hofstadter, 2008), pero sólo en cierto modo y sólo en cuestiones muy limitadas. Por más valiosa que sea una obra de arte, es una nimiedad comparada con la riqueza de una vida consciente. Por eso escribe Morin:

² Pienso que un ejemplo sencillo ilustra esto bastante bien. Hasta el descubrimiento de los agentes patógenos de carácter microscópico, éstos no “existían” para las personas. Por supuesto las personas se morían de viruela, de peste, de lepra: hay una parte de la realidad que es ineludible. Pero, al no conocer que el origen de sus enfermedades eran los microbios, experimentaban las enfermedades de modo diferente, concibiéndolas como fenómenos debidos a causas que iban desde la disparatada teoría humoral que se enseñaba en las facultades de Medicina al fatalismo de la creencia en las enfermedades como castigo de Dios. En este último sentido me parece muy significativo recordar (al margen de cualquier interpretación religiosa) la trascendencia del mensaje liberador de Jesús al afirmar en medio de los judíos que la enfermedad no era fruto del pecado (ni del enfermo ni de sus padres). Podemos imaginar lo que debían ser las consecuencias sociales de la creencia en que Dios enviaba las enfermedades a los malos y a sus familiares... Sin olvidar lo que suponía como argumento de poder para las castas sacerdotales —y en general para la noosfera religiosa. Por estos y otros muchos motivos, enfermar era una realidad muy distinta para ellos que para nosotros, y no sólo porque no se curasen los enfermos. La búsqueda de un conocimiento más científico de las enfermedades nos ha librado de muchas de ellas y ha reducido la mortandad de manera drástica; esto es innegable. Pero eso no nos puede hacer olvidar que la ciencia también es un discurso interpretativo, y sobre todo que la vida que construimos a partir de los datos científicos es siempre una construcción humana, y que incluso los datos más científicos sólo funcionan en un determinado nivel de realidad y además siempre se insertan en una realidad mucho más amplia, que en gran medida es ante todo interpretativa. Por otra parte, como señala Morin (2001), no todo lo real es discernible en los términos cuantitativos del método científico, ni todo lo científico posee la certeza y la exactitud que normalmente atribuimos a las ciencias.

³ “Conocer es producir una traducción de las realidades del mundo exterior. Desde mi punto de vista, somos co-productores del objeto que conocemos; cooperamos con el mundo exterior y es esa coproducción la que nos da la objetividad del objeto. Somos coproductores de la objetividad. Es por ello que hago de la objetividad científica no solamente un dato, sino también un producto. La objetividad concierne igualmente a la subjetividad. Creo que podemos hacer una teoría objetiva del sujeto a partir de la auto-organización propia del ser celular y esa teoría objetiva del sujeto nos permite concebir los diferentes desarrollos de la subjetividad hasta el hombre sujeto-consciente. Pero esa teoría objetiva no anula el carácter subjetivo del sujeto.” (Morin, 2001; 154)

“La consciencia, en mi concepto, es la emergencia última de la cualidad del sujeto. Es una emergencia reflexiva que permite el retorno en bucle del espíritu sobre sí mismo. La consciencia es la cualidad humana última y sin duda la más preciosa, puesto que lo que es último es al mismo tiempo lo que hay de mejor y de más frágil. Y efectivamente la consciencia es extremadamente frágil, y dentro de su fragilidad, puede equivocarse a menudo.” (Morin, 2004; 178-179)

Extremadamente frágil, y siempre expuesta a equivocarse. Pues la consciencia cree aprehender directamente lo real, cuando lo que hace es interpretarlo. Nadie puede conocer directamente la realidad; es nuestro propio funcionamiento cerebral lo que lo impide. Habitamos un mundo de conceptos, de ideas, de imágenes. El cerebro construye interpretaciones de la realidad, fabrica visiones de lo real, adecuadas para ser procesadas por él mismo. Porque no funciona con lo real, sino con las interpretaciones de lo real; con procesos de simbolización, que son precisamente los que le permiten generar hipótesis y teorías y por tanto ir más allá de lo sensible (por ejemplo imaginar el cálculo diferencial o la física cuántica), y ser lógico. Pero a la vez le separa de la realidad fenoménica y externa al ser humano. Conocemos una interpretación: una reconstrucción cerebral del mundo que nos rodea (Morin, 2001 y 2006; Mora, 2005; Hofstadter, 2008)

¿“VIVIR” EN UN CUERPO O SER CUERPO?

LA MENTE NOS HACE CONSCIENTES DE LA REALIDAD Y A LA VEZ NOS SEPARA DE ELLA

La emergencia de la mente supone un distanciarse también del propio soporte biológico que es el cerebro. La mente no es consciente de los procesos orgánicos que hacen posible su emergencia. La mente emerge gracias a la actividad de un complejísimo entramado celular y de una incesante actividad bioquímica y eléctrica (en especial en el cerebro), que es posible gracias a un complejo programa genético que se arranca cuando se unen el espermatozoide y el óvulo. Sin embargo, la mente no es consciente de esos procesos bioquímicos, como tampoco “percibe” las células que conforman su cuerpo. Tampoco es capaz de “sentir” el ADN aunque éste es el que ha hecho surgir el cuerpo, el que ha provocado su crecimiento y su maduración, el que en gran medida lo hace envejecer y el que –tal vez- lo mate de alguna enfermedad hereditaria e incurable.

De hecho, nos da la impresión de existir al margen de nuestro propio cuerpo. Siguiendo con la metáfora de la llama, es como si el fuego fuese consciente de que él mismo existe. Pero se concibiese a sí mismo no como un proceso de combustión totalmente contingente, sino como un *espíritu* estable, “encerrado” en el fuego.

Nuestra mente -el yo, el self- permanece en un cuerpo que no cesa de variar. Precisamente porque vemos el cuerpo cambiar en el espejo, o en las fotos (y a los demás poco a poco ir muriendo), mientras nuestro yo permanece, tenemos la sensación de que nuestra mente/alma existe al margen del tiempo. Nos pensamos como una realidad al

margen de la realidad fenomenológica, sin percatarnos de que nuestra mente también es contingente.

Esta es una de nuestras debilidades cerebrales. Acabamos pensándonos como entes autónomos, situados en un cuerpo, pero distintos del cuerpo: almas o espíritus encarnados. Pensamos que es el cuerpo el que cambia, no nosotros. Un engaño increíble, porque por supuesto que cambiamos. La mente cambia; y cambia mucho, sin cesar. Y aunque hay en cada uno de nosotros mucho del niño que un día fuimos, hay mucho más que no tiene nada que ver con él.

UN YO INESTABLE. UN YO EN CONSTRUCCIÓN. UN YO EMOCIONAL.

Nuestra consciencia es un fenómeno de autorreferencialidad y de memoria. Y un proceso complejísimo, donde los límites de lo consciente son ciertamente difusos, y donde somos conscientes de muchas maneras. Basta un pequeño *chute* hormonal (por ejemplo cuando estamos ante un reclamo sexual intenso) y toda nuestra racionalidad empieza a funcionar de una manera radicalmente distinta, reformulando sus fines, desplazando pensamientos que hasta ese momento eran prioritarios, zambulléndose en una catarata de emociones y deseos que hacen de nosotros un sujeto muy diferente al que éramos apenas un instante antes de experimentar el reclamo. El yo, el self, es inestable en todo momento, y no siempre está en nuestra mano gestionar su aparente aleatoriedad, como todos hemos comprobado muchas veces tras perder los estribos y ceder a la ira, a la gula, etc. El velo sobre el que aparece nuestra realidad es el resultado final de tejer juntas mil interacciones cambiantes, complejísimas. Su fragilidad es la nuestra⁴.

Y es frágil también por su carácter emocional. Vivimos una realidad que nos emociona. Siento emoción estética ante la puesta de sol; me alegro cuando veo a la gente que *amo* o ante los regalos de la mañana del 6 de Enero; me entristezco en un entierro o ante la enfermedad. Atribuimos a estos, y a todos los actos, un carácter que NO tienen. Para el resto del cosmos, un entierro no es más triste que un parto, y una puesta de sol maravillosa tampoco es mejor que una anodina; somos los seres humanos los que teñimos la existencia de emotividad y de significado.

Continuamente, salvo que suframos alguna patología, sentimos emociones. Es más, nos encanta sentir las y hemos construido mil modos de acceder “artificialmente” a ellas (por ejemplo a través de la música de Chopin o de Michael Nyman). Y nos encanta describirlas y referirnos a ellas. Pero, como ocurría con el tema de la bioquímica cerebral de la que no éramos conscientes, las emociones no son algo “concreto”, sino otra más de las emergencias resultantes de nuestro peculiar funcionamiento humano. Afloran como resultado de un proceso de interacción bioquímico entre el cerebro y el cuerpo mediante bucles que se retroalimentan (Damasio, 2006). Somos conscientes de algunos de esos procesos –por

⁴ De hecho, la misma actividad cerebral que nos hace conscientes, es la que puede llegar a degenerar en el delirio, en la locura, en la demencia, en la estupidez, en el idealismo, en el sectarismo,... Son los extremos del funcionamiento de nuestras mentes, posibilitados por causas orgánicas, pero también emocionales, culturales, religiosas, etc. Y es posible precisamente porque la mente no vive la realidad, sino la realidad que fabrica.

ejemplo nos damos cuenta de que nuestra frecuencia cardiaca se dispara si una emoción grande nos embarga-, pero de la mayoría no lo somos en absoluto. “Sentimos” pena, o alegría, deseo o miedo, sin poder ser conscientes de cómo están actuando el cuerpo y – dentro de él- el cerebro. Conocemos las emociones sin llegar a conocer casi nunca lo que las hace surgir en nosotros (Morin, 2001; 2006; Hofstadter, 2008).

Las emociones surgen en el proceso evolutivo para garantizar nuestra subsistencia y bienestar (el ejemplo más claro es el del miedo). Están ligadas a la evaluación de lo que nos rodea en función del placer o castigo/sufrimiento que nos pueden reportar. Ese placer puede ser muy “primario” (comer, copular), o puede ser más complejo, como ocurre con el placer estético o el amor a las matemáticas. Pero, sean más inmediatos y consumatorios o más abstractos e intangibles, *“al final de todo esto están los mecanismos emocionales del cerebro que, anclados en los arcanos del tiempo evolutivo, lo justifican. Los sistemas de recompensa están ahí codificados en lo más profundo de cada cerebro. Son los sistemas que logran la supervivencia de los seres vivos, los que dan los colores emocionales que tiene la vida”* (Mora, 2005: 110).

Las emociones son el condimento de la vida, pero también pueden ser nuestra tortura. Tan emotivo es lo que sentimos al contemplar la puesta de sol como el dolor insondable que sentíamos de adolescentes ante la frustración de un rechazo amoroso. El que a años vista aquel dolor amoroso nos resulte ingenuo, casi cómico, no hace que no fuese terrible y probablemente acarree consecuencias indeseables. Las emociones son un componente esencial de nuestra experiencia, y tienen una influencia decisiva en nuestra conducta y en nuestro pensamiento y nuestra valoración de lo real. En gran medida vivimos y actuamos en función de ellas. La realidad está muy teñida con ellas. Una misma situación, una misma persona, pueden ser el cielo o el infierno dependiendo de la gestión emocional que hagamos de ellas. Y esa gestión, en gran medida, también depende de nuestro abandono o nuestra elección, demostrándonos hasta que punto “lo real” es un constructo que se rehace constantemente.

Todo, todo puede emocionarnos. Somos capaces de llorar con un relato, de estremecernos con una música, de soñar con una película, de amar a gente que jamás conocimos (incluso a gente que ya ha muerto, como le ocurría a Guillermo de Baskerville con Aristóteles). El frágil velo de la realidad que llegamos a conocer también está tejido con lo soñado, con lo fantástico, con lo mítico. Un sinnúmero de narrativas e imágenes explican la realidad y nos explican a nosotros mismos, yuxtaponiéndose unas a otras e influyéndose mutuamente. Y la capacidad humana de vivir a través de narrativas, imágenes, ideas e interpretaciones nos sitúa ante el poder inmenso que tienen los relatos y las representaciones en nuestra vida y en nuestro conocimiento de la realidad.

LA LEVE FRONTERA ENTRE LO REAL Y LO IMAGINARIO

La diferencia entre lo real y lo imaginario es demasiado leve para nuestros cerebros como para que no traspasemos continuamente la frontera sin ser conscientes de ello. Pero es que no lo podemos evitar: nuestro mundo humano es así. A veces tan paradójico que lo

irreal llega a ser más cercano a lo real que la simple descripción. ¿Es real el mundo que describe Proust en su gran novela *En busca del tiempo perdido*? Aunque sólo es una novela ¿realmente no es de una realidad mucho mayor que la mayoría de los textos históricos sobre la época, como repetidamente nos recuerda Morin?

Como la frontera entre lo real y lo cultural e imaginario no es nada nítida, y como es imposible llegar a un conocimiento directo e inequívoco de lo real, nuestra existencia se muestra más y más compleja conforme se hace más y más cultural. Y también se muestra más netamente humana, puesto que entendemos lo real a partir de lo humano. Cuando nos referimos a algunas personas como “Quijotes” y “Sanchos Panza” estamos calificándolos de una manera que nos resulta completamente coherente y clara, pero que depende de un texto escrito hace medio milenio. Dependemos de ese tipo de referentes para calificar y comprender lo real. Y a veces mezclamos lo real con lo imaginario sin que haya realmente solución de continuidad. Baudrillard (2007) ya mostró la debilidad de las fronteras y cómo la realidad –en su opinión- había sido ya sustituida por una hiperrealidad, en la que los simulacros son más reales que lo “real”.

EL HABITAT HUMANO NATURAL ES LA CULTURA

En nuestro obrar diario estamos sumergidos en lo cultural, que se manifiesta de múltiples formas, algunas muy performativas, como ocurre con las tradiciones, que años tras año nos empujan a celebrar, a hacer, a emocionarnos. Somos seres culturales; esa es nuestra naturaleza, a diferencia de lo que ocurre con el resto de los animales (Broncano, 2009):

“El Rubicón de la evolución humana se cruzó cuando la cultura se convirtió en el factor principal a la hora de conformar las mentes de quienes vivían bajo su férula. Como producto de la historia más que de la naturaleza, la cultura se había convertido en el mundo al que teníamos que adaptarnos y en el juego de herramientas que nos permitía hacerlo. Una vez cruzada la línea divisoria, ya no podía hablarse de una mente «natural» que se limitaba a adquirir el lenguaje como un accesorio. Ni podía hablarse de la cultura como afinadora o moduladora de las necesidades biológicas.” (Bruner, 1991: 28)

No hay una Realidad, sino muchas posibles realidades. Que existan aspectos cuantificables, más o menos objetivos, y que existan constantes universales (como la Ley de la Gravedad) no pueden ocultar cómo nuestra realidad cotidiana es al final el resultado del funcionamiento de nuestros cerebros; un funcionamiento que no es un proceso totalmente individual y subjetivo. La realidad es un producto cerebral, es un producto social y es una construcción cultural (Berger y Luckmann, 2006). Incluso aspectos aparentemente espontáneos, como la sexualidad, el alimentarse o el defecar, los vivimos de acuerdo a los conceptos y los ritos que preexisten en la cultura (Morin, 2006b). La misma noción de amor es fuertemente cultural y varía mucho de unas comunidades humanas a otras, de unas narrativas y unos imaginarios a otros.

Los imaginarios, las narrativas y los relatos, la Cultura en general no surgen espontáneamente. Son construcciones; han sido contruidos de una manera y podrían

haberlo sido de otra. Y no da igual cómo hayan sido contruidos. No es lo mismo un imaginario en que la relación amorosa se construye desde la igualdad que un imaginario en que la relación amorosa se construye desde el poder y la discriminación. Desde luego no querría estar en la piel de una mujer que viva una cultura discriminatoria, pero tampoco me atrae lo más mínimo la masculinidad que se ha construido en el pasado, sobre una concepción de la virilidad a menudo cruel, brutal o simplemente injusta, y desde luego tan esclavizada por los estereotipos, los prejuicios y las reglas sociales como la de la feminidad (sin duda la construcción del genero era más favorable en el pasado para los varones, pero tampoco debemos olvidar que obligaba a asumir determinados roles y que, en el extremo, enviaba a morir en la guerra mayoritariamente a los varones).

DEPENDENCIA CULTURAL DE LA REALIDAD HUMANA

La dependencia cultural de nuestra realidad es un aspecto especialmente frágil del ya de por sí frágil velo de nuestra consciencia. Un giro de lo cultural (en el nivel que sea), y cambian las consciencias y las conductas. Podemos comprobar aterrorizados (al menos a mí me resulta espeluznante) cómo seres que normalmente estarían dispuestos a gastar tiempo y energía en ayudar y salvar a los otros pasan a encender los hornos de Dachau o a disparar incansablemente sobre sus semejantes. ¿Qué hace posible eso? Además de eventuales diferencias individuales, lo hace posible la generalización de narrativas e imaginarios contruidos para justificar –o incluso exigir- la muerte del “otro”.

Las razones para matar son argumentos que no existen en la “realidad”. Son puramente humanos. Podemos vivir y matar por nuestras ideas (Cirulnik y Morin, 2005), lo que nos hace una especie sumamente peligrosa para todo y para todos, toda vez que las ideas tienden a ser muy resistentes al cambio y permanecen en los imaginarios y la noosfera durante muchísimo tiempo, pasando de unas generaciones a otras como herencias envenenadas o beneficiosas.

Noosferas e imaginarios se alimentan de muy diferentes elementos, y entre ellos lo hacen de las imágenes y de las artes, y en general de todas las prácticas de visualidad. A su vez, cada imagen o cada práctica es muchas cosas, porque ha sido contruida desde imaginarios anteriores a ella, que se habían alimentado de otras imágenes y otros elementos anteriores. De modo que cuando vemos una imagen, o una práctica de visualidad, estamos empapándonos de muchas más cosas de las que aparentemente vemos.

Los textos y las imágenes pueden conservarse casi indefinidamente y seguir actuando en la vida de las personas indefinidamente. Los escritos de Aristóteles, por ejemplo, vienen influyendo en el pensamiento occidental desde hace más de dos milenios. Y aún más impresionante es el poder de los libros de las grandes religiones, en los que la palabra a menudo pasa de ser registro o recuerdo a constituirse en enunciado performativo o –directamente- imperativo hasta vertebrar culturas completas.

Una parte inmensa de la realidad que creemos conocer la conocemos sólo o principalmente a través de imágenes (Hernández, 2000; Efland, 2004). No he visto nunca la Estatua de la Libertad “en directo”, pero “la conozco”, del mismo modo que conozco para

siempre las Torres gemelas de Nueva York, a pesar de que ya no existen. Las imágenes no son simples representaciones. Son realidades. Y a menudo funcionan –como el lenguaje- como enunciados performativos o como enunciados imperativos. Como alguna otra vez ya me he preguntado ¿nos damos realmente cuenta de lo que significa esto?

AMPLIANDO NUESTRA REALIDAD CON IMÁGENES, MÚSICA, NARRATIVAS,...

Es extraordinario poder abrir un libro y despertar con Proust en un mundo ya desaparecido; escuchar a Montoux dirigir la *Séptima* de Beethoven, a John Lennon cantar *Imagine*; ver el rostro lleno de verrugas de Listz, fotografiado por Nadar o la pasión amorosa de Camille y Rodin interpretada en el bronce y el mármol. Son extensiones que nos permiten conocer otras vidas, otros mundos; ampliar nuestra realidad (Marina, 2003). Las “prótesis de memoria” y las extensiones de nuestros mecanismos perceptuales (como las fotografías, los libros, las grabaciones sonoras) nos permiten acceder a lo que no podemos conocer directamente y también conservar por encima del tiempo muchas cosas. Esas músicas, esos textos, esas imágenes son procesadas por nuestro cerebro, que reconoce aspectos como la armonía, el sabor del tiempo, la emoción de la tonalidad o del color, etc.; atribuyéndoles emociones y categorías que nos son gratas, como la de la belleza, y estableciendo relaciones entre esos estímulos y otras informaciones (“lo bello”; momentos emocionantes; fragmentos de nuestras biografías; ritos sociales e/o identitarios, etc.).

Al escuchar la “Pasión según S. Mateo”, somos capaces de evocar la vida y la existencia de Bach y tal vez somos incluso capaces de evocar en nuestro “interior” algo parecido a la religiosidad que le impulsaba a componer. Somos capaces de trascender nuestro yo y momentáneamente acceder a otros yo y otras existencias. Y todo eso lo hace el cerebro –ese amasijo blando- merced a habilidades cognitivas y emocionales destiladas a través de millones de años de evolución. La emoción compartida, la evocación del pasado, la empatía...todo son productos del cerebro (y del cuerpo, algo que no debemos olvidar): efectos en el velo delicado que es nuestra realidad. Pero no por ello menos reales para nosotros. Que las emociones sean paquetes bioquímicos y eléctricos que alteran nuestro cuerpo y nuestro cerebro, no hace menos grandioso al amor desinteresado o menos buena la música de Chopin. Simplemente nos sitúa como lo que somos, una emergencia en bucle, una consciencia frágil y momentánea, mediada por mil aspectos, inserta en el marco de los procesos sistémicos de nuestro ecosistema, nuestra cultura, nuestro imaginario, nuestra noosfera,...

EL RELATO MUESTRA Y OCULTA LA REALIDAD

UNA ESCUELA CIEGA QUE CREE EN UNA REALIDAD FIRME Y CONSTANTE

El relato lo ha revelado todo y a la vez lo ha ocultado desde el principio mismo de la humanidad, cuando los chamanes pintaban animales en las paredes de las cuevas e

introducían en el horizonte de la vida humana relatos sobre el más allá y sobre lo divino que no están presentes en el mundo fenoménico. Esto cambiaba la realidad pre-humana en otra realidad, y también cambiaba las conductas (empezando por las relativas a la convivencia con los ¿imaginarios? seres del más allá). Los relatos, las narrativas, han dado nombre y forma a todo cuanto nos rodea. Han dado nombre a nuestros miedos y odios, y también a nuestros deseos y a lo que más amamos. Han dado, por ejemplo, nombre y forma y carácter a la Libertad, a la vez que en nombre de la Libertad enviaban al campo de batalla a los adolescentes de todos los tiempos y todos los países. ¿En nombre de qué libertad lo hacían? ¿Qué libertad es la que representan las imágenes de Rude o de Delacroix? ¿Qué significaba en el siglo XIX ser hombre joven cuando las imágenes transmitían un imaginario como el de estas obras? ¿Qué significaba ser mujer?

Desde hace siglos, en la Escuela cometemos la estupidez de enseñar una visión de la realidad como si ésta fuese firme y constante, como si no tuviese nada que ver con las ideologías o los imaginarios, como si no fuese una reconstrucción cerebral y fuertemente subjetiva (e intersubjetiva). No nos cuestionamos nunca qué realidad emerge de los relatos académicos o de los libros de texto. Rara vez cuestionamos las obras de arte y la realidad que construyen y aún menos a menudo nos planteamos en la Escuela cómo surge la realidad en el interior de nuestras mentes, o qué es la mente.

LA CONSCIENCIA: UN BIEN PRINCIPAL QUE CONTINUAMENTE HAY QUE RECONSTRUIR ESCUELA, CONSCIENCIA, REALIDAD

La consciencia es nuestro mayor tesoro. Sólo la poseemos nosotros y sólo nosotros tenemos acceso a la realidad que es nuestra realidad –o sea, a la vida. Por supuesto podemos relacionarnos con los demás e incorporar muchas cosas de los demás a nuestro yo (y, aun mejor, podemos amar, y amar mucho). Podemos abandonar el narcisismo y la egolatría y crecer hacia fuera. Y esto es una maravilla, que también es específicamente humana y que, como he comentado, puede traspasar límites físicos y temporales (Aznárez, 2009). Pero incluso ese crecimiento al final depende de la fragilidad de nuestra mente, de esa lucecita que es la consciencia y que depende directamente de la riqueza y calidad de sus interacciones, consigo misma y muy especialmente con el exterior (sea este lo fenomenológico, las otras personas, las ideas, los textos, las imágenes, etc.). Todo influye decididamente sobre quienes somos, sobre la vida que vivimos, sobre la realidad que experimentamos y conocemos.

Cada uno tiene un nombre propio, una etiqueta que nos recuerda que el procesamiento cerebral de cada uno es único: es una historia particular, irreplicable. Pero muy frágil; necesita construirse continuamente y no funciona igual con ingredientes distintos ¿Qué cultura hemos elegido para nosotros y para nuestros alumnos? ¿En que mundo estamos haciéndoles abrir los ojos? ¿Qué imágenes de sí mismos y de los demás les acompañaran el resto de sus vidas? ¿Les hemos invitado suficientemente a interactuar con aquello que enriquece la vida? ¿Les hemos ayudado a construir un juicio crítico y autónomo,

que les permita convivir con las narraciones y los relatos manipuladores con los que les bombardean los poderes, las ideologías o el mercado? ¿Les hemos acompañado para que en vez de estar al paio de las narraciones que los otros construyen con el fin de vampirizarlos, sean ellos los que construyan la narración de su vida y la narración sobre la realidad que les rodea?

¿Les hemos mostrado lo frágil que es el velo en el que se proyecta su realidad? ¿Son conscientes de que todo es un milagroso equilibrio? ¿Se han percatado de que cada color que ven, cada forma que les seduce, cada gesto que les atrae es la emergencia final de complejísimas interacciones sistémicas? ¿Alguna vez hablamos con ellos de lo corto que es el tiempo de que disponemos cada uno de nosotros y lo poco que media entre convertir nuestra vida en una aventura fascinante o en abandonarse y rumiar la hierba de lo hiperreal? ¿Trabajamos con ellos hasta descubrir que cuando digo yo, “yo pienso”, “yo creo”, etc. en realidad hablan a través mía muchas más gentes y cosas de las que pienso?

¿Les hemos empujado a ser libres, a aventurarse por la incertidumbre, a afrontar la posibilidad de cuestionarlo todo, incluso hasta cuestionarse ellos mismos? ¿Les hemos enseñado cómo separarse y mirarse y mirar con distanciamiento, trabajando su metacognición?

¿Hemos trabajado el poder de los imaginarios, la realidad que hacen emerger las imágenes y las prácticas de visualidad? ¿Hemos explorado como las imágenes, la música, los espacios urbanos, los relatos construyen una cierta sensibilidad? ¿Nos hemos percatado que de las imágenes y los relatos (entre ellos de los visuales y los audiovisuales) emergen mundos posibles, y que nosotros no vivimos en “la realidad” sino en esos mundos posibles?

Ser conscientes de lo real como construcción, trabajar la metacognición, percatarse de la fragilidad del self, trabajar la construcción identitaria, aprender a gestionar la Libertad,...hablamos de Educación Artística.

Cada vez más, pienso⁵ que una de las funciones fundamentales de la Educación Artística es ayudar a los alumnos a ser consciente de que lo real es una construcción, siendo capaces de rastrear qué hay detrás de las apariencias, de los imaginarios, de las políticas y las prácticas de visualidad, siendo capaces de concebir que el mundo que ahora aparenta ser el único mundo posible puede ser pensado y vivido de otra manera, que existe la posibilidad de deconstruir las naturalizaciones y de hacer surgir/construir un mundo distinto, tal vez más digno y justo.

Y también a ser conscientes de que ellos mismos, su self, son también una construcción. Una construcción hiperfragil, siempre a punto de derrumbarse a causa de la enfermedad, la demencia, el dolor o la ira. Siempre vulnerables a las emociones, al delirio, o simplemente ante lo que nos rodea, que a la vez que agresivo y vampírico, es enriquecedor y motor de nuestro crecimiento personal, vital, experiencial...Creo que es un imperativo moral ayudar a nuestros alumnos a descubrir que, en vez un self eterno y constante, en realidad

⁵ Probablemente debería decir “pienso gracias al trabajo de otras personas que me han ayudado a abrir los ojos”. Hasta en esto el “yo eterno” emerge y se cree una entidad totalmente consistente.

somos proyectos siempre abiertos, siempre susceptibles de cambio, siempre inestables. Proyectos que no existen si no es en interacción con todo lo que les rodea, y que por tanto pueden elegir como y con qué interactuar, por qué y para que actuar, pensar, sentir; incluidos ellos mismos como sujetos performativos.

Sólo un latido nos separa de la eternidad, o de la nada...y no sé si nos despertaremos detrás de la muerte en un mundo mejor, pero si así fuera no tengo duda que sería en otro nivel de realidad, y que por tanto el tiempo de vivir la vida y la realidad que ahora disfrutamos se habría consumido para siempre: *“Quizá la cosa más indispensable que podamos hacer como seres cada día de nuestra vida, es recordarnos a nosotros mismos y a los demás que somos complejos, frágiles, finitos y únicos.”* (Damasio, 2006: 288)

Una vida plena supone amar, y desear el mundo, con la medida de quien se sabe sólo uno más entre millones, con la responsabilidad de construirlo cada vez mejor y de desenmascarar a los farsantes, los explotadores, los cínicos egoístas, los creadores de sufrimiento o alienación...que a menudo manejan los hilos de las imágenes y las narrativas.

Una vida plena supone pensar y repensar constantemente qué realidad estamos proyectando, qué imagen de nosotros y de los demás estamos dando por hecho o estamos favoreciendo. Exige trabajar la metacognición y la problematización de cuanto nos parece lo real. Como decía Keeting, el profesor de *El Club de los poetas muertos*, dirigiéndose a sus estudiantes: *“Cuando ustedes crean que saben algo, deben mirarlo de un modo distinto...”*.

La Educación Artística puede ser un trampolín para ser libres, para ser capaces de ver y comprender el mundo desde la Libertad y la congruencia, de maneras distintas a las hegemónicas y dominantes.

Si enseñamos a dibujar, pintar, fotografiar o esculpir no es porque aprender a fabricar imágenes sea un fin en si mismo. No lo es. Es porque mediante las imágenes podemos acercarnos a cuanto nos rodea; crear nuevos modos de construir/narrar la realidad y de construirnos/narrarnos a nosotros mismos; es porque mediante las imágenes podemos enriquecer el mundo y podemos deconstruir, contestar y matizar las realidades que otros construyeron antes que nosotros (o que construyen ahora); es porque junto a las imágenes podemos profundizar en nuestros modos de existir, de relacionarnos con los demás, de experimentar y emocionarnos: por algo ya decía Rodin que lo importante es amar, sentir, ser hombre antes que artista.

Mientras acabo este artículo, escucho la voz de Isabel Bayrakdarian cantando Evenstar (mi canción favorita de “The two towers”). Existir es también esto, existir en el arte, en las emociones y los condensados de vida y experiencia destilados a través de las formas, los sonidos, las palabras. Es un privilegio poder estremecerse, disfrutar y aprender con aquello que otros han hecho aflorar de sus consciencias y han plasmado para los demás. Pero eso no se posee al nacer; es parte del oficio de la vida el adquirirlo de manera solvente,

y crítica⁶. Porque el Arte también es siervo de las ideologías, los poderosos, los intereses inconfesables...

Constantemente estamos asistiendo al renacer de la consciencia –la nuestra y la de los demás, especialmente la de nuestros alumnos. Y a su tránsito en busca de un cenit que nunca acabará de llegar. Los personajes de Caspar David Friedrich miran siempre un horizonte prometedor: ayudemos a nuestros alumnos a buscar el suyo, a ser los amos de sus voces y su visualidad, a no perderse en el bosque de los relatos, a no llevar una vida gris en la que cada día simplemente sobreviva al anterior. Ayudémosles, como también decía Keeting, a extraer todo el meollo a la vida. Desde y con las artes y la Cultura Visual.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aznárez, J.P. (2009) “Una vida de relatos e imágenes. Realidad, narrativas y miedo a ser”, Red Visual nº9'-10. <http://www.redvisual.net/pdf/9-10/a6.pdf>. Consulta 10 Diciembre 2009

Aznárez, J.P. y Callejón, M.D. (2008) “Conocimiento complejo y aprendizaje a partir de preguntas complejas (el arte como motor de aprendizaje complejo)”, Imaginando la hipótesis. Libro didáctico. Jaén, Diputación Provincial de Jaén y Universidad de Jaén

Baudrillard, J. (2007) [1978] “Cultura y simulacro”. Barcelona, Kairós.

Baudrillard, Jean (2007) [1978] “Cultura y simulacro”. Barcelona, Kairós

Berger, Peter L. y Luckmann, T. (2006) [1968] “La construcción social de la realidad”. Buenos Aires, Amorrortu

Broncano, Fernando (2009) “La melancolía del ciborg”. Barcelona, Herder

Bruner, J. (1991) [1990] “Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva”. Madrid, Alianza Editorial

Cyrułnik, B. y Morin, E. (2005) [2000] “Diálogos sobre la naturaleza humana.” Barcelona, Paidós

Damasio, A. (2006) “El error de Descartes”. Barcelona, Crítica

Domènech, A (2009) Entrevista a Augusto Cury, La Vanguardia.es, 08/10/2009. <http://www.lavanguardia.es/ciudadanos/noticias/20091008/53799659755/augusto-cury-el-sistema-educativo-esta-enfermo-y-crea-alumnos-enfermos-romanov-eso.html> Consulta 22 Diciembre 2009

Efland, A. (2004) “Arte y cognición. La integración de las artes visuales en el currículo”. Barcelona, Octaedro

Gibson, James J. (1974) [1950] “La percepción del mundo visual”. Buenos Aires, Ediciones Infinito

Hernández, F. (2000) “Educación y Cultura Visual. Barcelona, Octaedro

⁶ Como dice el psiquiatra Augusto Cury , “*También hay que aprender a contemplar lo bello y a hacer de las pequeñas cosas un espectáculo para nuestros ojos*” (Domènech, 2009). Aunque el concepto de “lo bello” esté muy abierto a discusión, el sentido general de la frase es obvio y creo que muy acertado.

- Hernández, F. (2007) "Espigador@s de la Cultura Visual. Otra narrativa para la educación de las artes visuales". Barcelona, Octaedro
- Hofstadter, D.R. (2008) "Yo soy un extraño bucle". Barcelona, Tusquets Editores
- Marina, J. A. (2003) "El vuelo de la inteligencia". Barcelona, DeBolsillo
- Marina, J. A. (2006) [1993] "Teoría de la inteligencia creadora". Barcelona, Anagrama
- Martínez-Salanova Sánchez, E. (s/f a) "El club de los poetas Muertos. Los métodos creativos en el aula", Aula Creativa: Cine y Educación. <http://www.uhu.es/cine.educacion/cineyeducacion/temaspoetas.htm>. Consulta 8 de Diciembre 2009
- Mora, F. (2005) "Cómo funciona el cerebro". Madrid, Alianza
- Morín, E. (1999) "Los siete saberes necesarios a la educación del futuro". París, UNESCO. En http://www.pensamientocomplejo.com.ar/docs/files/morin_7%20saberes-necesarios-para-la-educacion-del-futuro.pdf. Consulta 8 Enero 2009.
- Morín, E. (2001) [1990] "Introducción al pensamiento complejo". Barcelona, Gedisa.
- Morín, E. (2004) [1999] "La mente bien ordenada". Barcelona, Seix Barral
- Morín, E. (2006) [1986] "El Método 3. El conocimiento del conocimiento". Madrid, Cátedra
- Morín, E. (2006b) [2001] "El método 5. La humanidad de la humanidad. La identidad humana". Madrid, Cátedra
- Sapolsky, R.M. (2007) [1997-2005] "El mono enamorado y otros ensayos sobre nuestra vida animal". Barcelona, Paidós.